

**LAS NUEVAS REALIDADES DEL ESTE  
EUROPEO.  
LAS TRANSICIONES EN LA EUROPA  
CENTRAL Y ORIENTAL:  
UNA REVISIÓN GENERAL**

**Carlos Taibo**

Profesor Titular de Ciencias Políticas  
Universidad Autónoma de Madrid

EL término ‘Europa central y oriental’ es demasiado amplio y acaba por ocultar un sinfín de singularidades que se revelan en la trastienda. En realidad, a poco que se asciende hacia la consideración del espacio correspondiente en sus máximas dimensiones lo que se descubre es que el único elemento genuinamente unificador de realidades tan dispares lo aporta la herencia de unos sistemas, los de tipo soviético, que en esta parte del planeta exhibieron rasgos sensiblemente comunes. Sobre la base de ese único elemento uniformizador, el espacio que nos ocupa ha acabado por convertirse, bien que con innegable fragilidad, en uno de los tres que, sobre el papel, han registrado en los últimos decenios significadas olas de transición hacia algo que -conforme al uso más extendido, y también el más discutible- se antoja asimilable a la democracia. Los otros los configuran -no hace falta subrayarlo- la Europa mediterránea y el conjunto de la América Latina.

Al calor de lo anterior bueno es que subrayemos que la condición del espacio correspondiente a lo que comúnmente se llama ‘Europa central y oriental’ es notoriamente artificial. Al amparo de esa artificialidad han cobrado cuerpo, con todo, otras. La principal es la que viene a señalar que en esa parte de Europa se han hecho valer como poco, y en el últi-

mo decenio, tres realidades distintas. La primera afectaría a media docena de estados de la Europa central -la República Checa, Eslovaquia, Eslovenia, Hungría, Polonia- en los cuales se estaría verificando, sin mayores problemas, una venturosa transición hacia la democracia en un marco caracterizado por reformas económicas que, se nos cuenta, estarían produciendo los resultados apetecidos. La segunda realidad se haría valer, en cambio, en el espacio que otrora configuró la Unión Soviética y remitiría a transiciones mucho más problemáticas en las que los flujos autoritarios y las formas de capitalismo mafioso camparían por sus respetos, de tal suerte que a duras penas pueden cobrar cuerpo pronósticos de futuro medianamente halagüeño. La última realidad nos emplazaría ante la singularidad derivada del violento proceso de desintegración de Yugoslavia, que a la postre se habría traducido en un postergamiento de genuinas transiciones, aplazadas de resultados de una dinámica bélica que mal que bien, y con la mencionada excepción de Eslovenia, habría afectado de lleno a todas las repúblicas ex yugoslavas.

La visión general que acabamos de glosar plantea como poco, y a primera vista, dos problemas. El primero es el de los estados no plenamente integrables en alguna de esas realidades, sea porque su condición resulta poco clara -Rumania y Bulgaria, por ejemplo-, sea porque pujan por abandonar el espacio que según las convenciones es el suyo propio -así sucede con las ex soviéticas repúblicas del Báltico-. Más enjundioso parece, sin embargo, el segundo problema: a efectos de clarificar las realidades, lo común es que tienda a soslayar los desafueros que se revelan en la primera de las zonas que hemos invocado, al tiempo que -acaso- se rebajan las virtudes de la segunda y se esconden procesos no estrictamente vinculados con la lógica de la guerra que se han hecho manifiestos en la tercera. Esta acumulación de tesis analíticamente problemáticas no puede por menos que invitar al recelo, de nuevo, en lo que respecta a la utilidad y a la finura de la distinción espacial que acabamos de recordar.

## I

Algo es preciso decir, por lo pronto, de la naturaleza de los sistemas antecesores. Contentémonos al respecto con subrayar que el término

que comúnmente se emplea para identificarlos -el de 'comunismo'- plantea un sinfín de problemas que aconsejan, sin más, rehuirlos. Bastará con recordar al respecto que la textura real de los sistemas correspondientes mantenía una relación muy tensa con la visión de la organización de las sociedades postulada, en el XIX, por los teóricos del comunismo. A los ojos de éstos, la palabra que nos ocupaba casaba difícilmente con una realidad -la imperante en los sistemas que nos ocupan- en la cual la desigualdad resultaba evidente o la propiedad se hallaba al servicio de un grupo humano -la *nomenklatura* o la burocracia- claramente separado del resto de la población.

No parece que esté de más subrayar que los sistemas burocráticos eran híbridos y en ellos se daban cita los elementos más dispares. Entre ellos cabe mencionar el ascendiente de un capitalismo que, conforme a la vulgata marxiana, era condición *sine qua non* para el posterior desarrollo del socialismo; el vigor innegable de un puñado de singularidades histórico-geográficas que tal vez remitían a lo que la antropología del XIX llamó 'modo de producción asiático'; la naturaleza muy especial de una dominación burocrática que al menos desde 1953 acató sin mayores problemas una suavización del principio de maximización del rendimiento y del beneficio, o la influencia, bien es cierto que más retórica que real, de determinados principios de cariz socialista como el que reclamaba una 'propiedad pública de los medios de producción' (no, entiéndase bien, una propiedad socializada). La suma de elementos tan dispares no podía por menos que generar un híbrido que, por añadidura, exhibía rasgos medianamente diferentes en unos u otros lugares. Piénsese, por ejemplo, que las condiciones de legitimación de los regímenes burocráticos no fueron las mismas en estados como la URSS, Yugoslavia y Albania, en los cuales se registraron revoluciones o victoriosas luchas de liberación, que en los aliados de la Unión Soviética en la Europa central y balcánica, países en los cuales la instauración de los regímenes burocráticos fue el producto, con toda evidencia, de una imposición exterior.

Agreguemos, de cualquier modo, que las transiciones que aquí atraen nuestra atención tomaron como punto de partida una situación general de decadencia y corrosión de unos sistemas burocráticos que habían dejado

atrás su mejor momento. La crisis, en otras palabras, era palpable a través de manifestaciones tan numerosas como distintas: un crecimiento económico cada vez menor, una dramática incapacidad para innovar en el terreno de la tecnología, una aguda crisis social plasmada en inéditos datos demográficos como los vinculados con una reducción en la esperanza de vida al nacer y un incremento en la mortalidad infantil, un dramático agotamiento de recursos acompañado de agresiones medioambientales extremas o, en fin, un sistema político que, visiblemente anquilosado, a duras penas daba respuesta a los retos de sociedad cada vez más compleja.

## II

Una primera aproximación a la situación política de la Europa central y oriental contemporánea invita a subrayar dos circunstancias distintas: si en unos estados se revela un innegable cumplimiento formal de las reglas del juego de la democracia pluralista -y ello pese a que, en el trasfondo, los problemas son muchos-, en otros ni siquiera se hace valer ese respeto de las formas, de tal suerte que perviven por doquier fórmulas autoritarias.

En unos casos como en los otros es perceptible el ascendiente de un pasado en el que las pulsiones autoritarias que acabamos de invocar brillaron con singular esplendor, como es perceptible el dramático legado que los sistemas de tipo soviético ofrecieron en la forma de unas sociedades civiles extremadamente débiles, las más de las veces incapaces de responder ante los caprichos y las imposiciones llegados de los aparatos de poder. En ese magma, y si se trata de hilvanar una rápida descripción de lo que ocurre hoy en la realidad política de buena parte de la Europa central y oriental, lo primero que se impone es el recordatorio de una realidad poco estimulante: nadie duda de que las decisiones de relieve corren a cargo de gigantescos grupos de presión que operan en la trastienda amparados en no menos gigantescos complejos económicos y financieros, de tal suerte que el papel que se le reserva a poderes ejecutivos, parlamentos y partidos se antoja menor. Un trasunto de lo anterior es el control que esos grupos de presión ejercen sobre poderosos medios de comunicación, en el buen entendido -es cierto- de que la competición que se registra entre los primeros ha tenido a buen seguro algún efecto

saludable en términos de agilización de las diferencias entre los segundos y, con ella, de relativa libertad de expresión.

Otro rasgo relevante de la situación contemporánea es el que invita a recelar de la aparente polarización que, conforme a tantos análisis al uso, despuntaría en la mayoría de los sistemas políticos que nos ocupan. Piénsese, sin más, que las descripciones convencionales del sistema político ruso no han dudado en identificar una abrupta confrontación entre el 'partido del poder' otrora yeltsiniano -hoy putiniano- y la 'oposición' comunista. Por detrás de esa aparente colisión es fácil apreciar la persistencia de significados elementos de comunidad en los proyectos que han permitido, por ejemplo, el respaldo comunista a la elección de sucesivos primeros ministros claramente fondomonetarizados o que, en otro plano, se han saldado en enormes dificultades cuando se encara la tarea de distinguir, en muchas repúblicas, regiones y ciudades, lo que corresponde a los dos grandes aparatos de poder que hemos reseñado. Para explicar por qué en la trastienda las diferencias son menores de lo que parece no hay que ir demasiado lejos: unos y otros se nutren de un mismo grupo humano en la forma de una vieja nomenclatura dispuesta a asumir, con mayor o menor radicalidad, un reciclaje.

En un terreno próximo al anterior, no está de más que recordemos que otro de los aspectos llamativos del derrotero político reciente de estos países ha sido el *revival* experimentado por formaciones políticas que, herederas de los viejos partidos comunistas, han recuperado el poder por la vía de las urnas en países como Hungría, Lituania o Polonia. Limitémonos a subrayar al respecto que el proceso correspondiente, claramente marcado por un descafeinamiento de las fuerzas que nos ocupan, ha acabado por suscitar interpretaciones de signo muy dispar: mientras para unos -los menos- ha sido un motivo de inquietud que, entre otras cosas, ponía en cuestión el aparente triunfo de Occidente tras los sucesos de 1989, para otros ilustraba un saludable principio de consolidación de unos sistemas políticos que habían conseguido atraer hacia sí, e integrar, a fuerzas a primera vista hostiles y desbocadas.

Quedémonos, en fin, con la idea de que en el conjunto de la Europa central y oriental contemporánea parecen despuntar lo que más de uno

ha llamado 'democracias de baja intensidad', a la manera de desvaídas copias de papel carbón de lo que en otros escenarios serían ejemplos pletóricos de democracias instaladas en plenitud. Claro que esta manera de razonar parece dar por descontado que existen modelos claramente asentados, los occidentales, en los que los problemas han desaparecido y, de resultas, la voluntad de dar lecciones está justificada. No parece que los hechos permitan confirmar, sin embargo, semejantes certezas.

### III

Algo es menester decir sobre la situación de los derechos humanos. Por lo pronto, parece incuestionable que en el último decenio del siglo XX se ha registrado un sensible progreso en lo que se refiere a los derechos cívico-políticos plasmados, por ejemplo, en la organización de elecciones y en la existencia de partidos; es difícil, claro, que, habida cuenta del punto de partida, se hubiese verificado un retroceso en el terreno que nos ocupa.

Si nos interesamos por otros derechos, los de las generaciones venideras, nuestra obligación será subrayar que los cambios han sido livianos con respecto al pasado: la situación apenas ha cambiado, de tal suerte que las agresiones medioambientales de tres lustros atrás perviven prácticamente inalteradas y la situación es, de resultas, la misma. Tampoco es sencillo llegar a conclusiones sobre progresos y retrocesos en lo que atañe a lo que llamaremos los derechos colectivo-nacionales: la descentralización en el ejercicio del poder ha ganado terreno, al tiempo que lo hacían, también, los nacionalismos de base étnica, de tal suerte que no es sencillo quedarse con una carta o con la otra.

Agreguemos, en fin, que en un ámbito concreto, y no precisamente irrelevante, se ha registrado un visible retroceso con respecto al pasado: el de unos derechos sociales que, en virtud del desmantelamiento de los estados-providencia de otrora, operado al calor del auge de un capitalismo salvaje, han remitido sensiblemente. Bastará con reseñar que, en los hechos, y en la mayoría de los países objeto de nuestro interés, los sistemas sanitario y educativo se han desintegrado mientras las pensiones experimentaban un franco deterioro en términos de poder adquisitivo.

### IV

El nacionalismo se ha convertido en un auténtico chivo expiatorio a cuyos hombros se han colocado muchas de las miserias de la Europa central y oriental contemporánea. Resulta difícil darle crédito, sin embargo, a la idea de que el nacionalismo sea responsable poco menos que exclusivo de procesos cuya naturaleza remite las más de las veces a otros fenómenos. Y al respecto lo primero que conviene subrayar es que el término 'nacionalismo' se antoja demasiado genérico. En la Europa central y oriental de nuestros días, sin ir más lejos, sobran los ejemplos de nacionalismos cívicos cuya aportación a la convivencia parece fuera de duda, de la misma suerte que no faltan tampoco, claro, los de nacionalismos que han buscado con singular agresividad la vía de la etnicidad y la exclusión. Sean los hechos como fueren, no puede emplazarse en la misma rúbrica a la modalidad agresiva de nacionalismo que ha inspirado muchas de las políticas oficiales desplegadas en Serbia y en Croacia en el último decenio del siglo XX, por un lado, y a aquella otra que despuntó al calor del movimiento de desobediencia civil albanokosovar.

En el debate que nos ocupa se ha hecho sentir a menudo, por lo demás, un recordatorio: el que subraya que en muchos casos el nacionalismo ha sido poco más que un instrumento al servicio de un proceso, mucho más ambicioso, de reciclaje de las elites, circunstancia que por sí sola invita a rebajar la importancia de aquél. A la hora de procurar explicaciones sobre por qué las transiciones en curso han entrado en derivas poco halagüeñas, conviene preguntarse, en fin -y sin ningún designio de esquivar la palpable realidad de que determinadas formas de nacionalismo han tenido consecuencias muy graves-, si a otros fenómenos, como es el caso del auge de fórmulas de capitalismo salvaje, no les corresponde un relieve mucho mayor a la hora de explicar lo que está ocurriendo en buena parte de la Europa central y oriental.

Acaso no es precipitado afirmar, en un terreno afín, que son los nacionalismos instalados en las maquinarias de los Estados -en Rusia como en Serbia, en Rumania como en Croacia-, y sólo en medida significadamente menor aquellos que exhiben una dimensión resistente,

los que se han convertido en fuente activa de problemas en la Europa central y oriental. Uno de los reflejos de esos nacionalismos 'estatales' lo ha sido, en el último decenio del siglo XX, la opción postrera en provecho de políticas de franca recentralización. Si una de las secuelas omnipresentes de éstas lo han sido los problemas, renacidos, de las minorías, otro lo han aportado numerosos ejemplos de cómo desde la atalaya de esos nacionalismos se negaban derechos que en muchos casos habían permitido, pocos años antes, la propia independencia de los estados a cuyo amparo esos nacionalismos han adquirido creciente fortaleza. Las políticas de inusitada agresión a la federalidad desplegadas en Serbia a finales del decenio de 1980, y las que se auguran el calor de la figura de Putin en la Rusia del año 2000, ilustran a la perfección los desafueros que acompañan a los nacionalismos 'estatales'.

## V

Si dejamos de lado lo que ocurre en tres o cuatro economías de la Europa central, y asumimos acaso que en otras tantas la situación es intermedia, parece de razón recordar que los datos macroeconómicos relativos al último decenio del siglo XX en el conjunto de la Europa central y oriental son muy negativos. Los niveles de producción han retrocedido sensiblemente en un escenario marcado por el general fracaso de los programas de privatización.

Aunque los especialistas no divergen en la consideración de las grandes variables macroeconómicas, si lo hacen, en cambio, en lo que respecta a la identificación de cuál es la naturaleza de las fórmulas económicas imperantes. Ello es probablemente así porque en las economías que nos ocupan coexisten, a menudo de forma muy contradictoria, lógicas dispares. Si una de ellas la aporta una economía de bazar que remite a contenidos precapitalistas y preburocráticos, otra llega de la mano de los restos de la economía burocrática imperante al amparo de los sistemas de 'socialismo real', y una tercera, en fin, se ha forjado al calor de un capitalismo de perfiles salvajes. Si bien es cierto que la presencia de este último es mayor en unos países que en otros -parece acrecentarse en los espacios que otrora configuraban la Unión Soviética y Yugoslavia-, resulta obligado concluir que la lógica económica corres-

pondiente exhibe mucha mayor vivacidad que la que muestran los otros dos que acabamos de invocar.

El auge de un capitalismo mafioso se ha verificado al amparo de un sinfín de operaciones especulativo-financieras en cuyo trasfondo se ha hecho valer casi siempre un proceso central: la privatización, tan inmoral como ineficiente, de buena parte del sector público de la economía. Pero no debe olvidarse, por añadidura, que ese capitalismo mafioso exhibe unas dimensiones inéditas en el planeta -según una estimación del gobierno ruso, entre un 40 y un 60% de las transacciones comerciales realizadas en el país correrían a cargo de las mafias- y a duras penas puede explicarse sin un grado sensible de connivencia por parte del poder político. Del desarrollo de las fórmulas que nos ocupan se han beneficiado tanto lo que ha dado en llamarse los 'nuevos empresarios' como capas enteras de la vieja *nomenklatura* que han asumido un activo reciclaje mercantil. Una de las secuelas decisivas del predicamento alcanzado por un capitalismo mafioso en buena parte de estas economías ha sido, en fin, la configuración de gigantescos grupos de presión que operan en la trastienda pero que parecen haber alcanzado -como ya sugerimos- una extraordinaria capacidad de influencia. Y para explicar semejante ascendente, por cierto, no parece suficiente con invocar la maldad intrínseca de los regímenes antecedentes: resulta obligado identificar, antes bien, la directa responsabilidad atribuible a muchas fórmulas importadas del mundo occidental.

## VI

El general caos económico se ha visto acompañado por una agudización de los problemas sociales que en este caso afecta, sin excepción, a todos los países. Los viejos estados-providencia se han venido abajo, de tal suerte que al menos cuatro rasgos relevantes se han hecho notar. En virtud del primero, el porcentaje de la población por debajo del umbral de la pobreza no ha dejado de crecer. En segundo lugar, las diferencias en los ingresos obtenidos por las capas sociales más privilegiadas y aquéllos percibidos por los más desfavorecidos no han dejado de acrecentarse. En tercer término, en la mayoría de los países objeto de nuestra atención no ha hecho su aparición nada que merezca el nombre

de clase media. En el trasfondo de todo lo anterior, en fin, los servicios sociales se han ido degradando de forma notoria.

Los principales perjudicados por todo lo anterior son, sin duda, los ancianos, que en toda la Europa central y oriental han visto como sus ahorros se evaporaban, sus pensiones experimentan una visible pérdida de poder adquisitivo y el sistema sanitario poco menos que se desintegraba. De resultas, hoy en día son muchos los millones de personas que en el este del continente europeo viven de la generosidad de sus familiares. Pero la crisis ha afectado también de lleno a las mujeres que, víctimas significadas de las operaciones de reconversión industrial en curso, en muchos casos han pasado a engrosar las filas de los desempleados. Los funcionarios públicos, receptores de salarios muy bajos, se han visto afectados de lleno por la nueva situación, algo que ha sucedido también, en fin, a las minorías foráneas. La hondura de la crisis y las dimensiones de los grupos sociales afectados hacen que el potencial explosivo de la situación sea difícilmente rebajable. Por ello no puede sino sorprender que las exigencias del Fondo Monetario Internacional soslayan por completo la delicadísima situación social que nos ocupa (tampoco le prestan atención, por cierto, al problema de una evasión de capitales que, en Rusia, ha alcanzado un volumen muy superior al de los recursos que el país percibe de resultas de los créditos librados por el Fondo e instancias afines).

## VII

El legado más patético, por lo irreversible, de los sistemas de tipo soviético lo configura un puñado de agresiones medioambientales acompañadas por un gigantesco proceso de agotamiento de recursos que el tiempo ha demostrado eran escasos. Unas y otros se manifiestan a través de un sinfín de efectos nocivos que se harán singularmente evidentes para las generaciones venideras.

Si hay algo importante que subrayar, en relación con la crisis medioambiental, y en lo que se refiere a las transiciones en curso, es que, pese a los formidables cambios operados en las reglas del juego económico, la condición depredadora de los viejos sistemas ha permanecido inalte-

rada con el paso del tiempo, sin que en la mayoría de los países se hayan acometido medidas genuinamente encaminadas a invertir los desfueros del pasado. Ahí están, para dar testimonio de esta realidad, la reapertura del programa de energía nuclear civil en Rusia -contempla, por lo que parece, el despliegue de reactores semejantes al que se hundió en Chernóbil, y no parece tomar en consideración, en paralelo, la necesidad de desarrollar medidas que reduzcan un consumo energético visiblemente desmesurado-, el reflotamiento de centrales nucleares en Armenia y Lituania, o la manifestación, a la postre, de una cruda *realpolitik* en lo que atañe a la presa de Nagymaros-Gabcikovo, emplazada en la frontera eslovaco-húngara y ostentamente lesiva de precarios equilibrios ecológicos en la cuenca del Danubio. Lo que está en juego en todos estos casos no es otra cosa, naturalmente, que los derechos de las generaciones venideras.

## VIII

El principal de los flujos externos de cuantos atraen a la mayoría de los estados de la Europa central y oriental es el configurado en torno a un proceso de ampliación de la Unión Europea (UE). En los hechos parece como si ésta se hubiese convertido para muchos en un faro llamado a resolver todos los problemas.

Resulta difícil negar, bien es cierto, que la incorporación a aquélla acarrea ventajas indisputables: la integración en una instancia de notoria influencia internacional, la obtención de garantías en materia de seguridad y la presunta consecución, paralela, de beneficios económicos entre los que se cuentan la libre circulación de mercancías, el acceso a los mercados comunitarios, desaparición de trabas arancelarias, la consolidación de economías estables, la reducción consiguiente de riesgos y la atracción de capitales foráneos.

Pese a lo anterior, los problemas no faltan. El primero lo aporta, a buen seguro, la ausencia, en los países candidatos, de un debate que ponga sobre aviso a la ciudadanía de los sacrificios que el proceso requerirá y permita preparar las negociaciones correspondientes. El apoyo social a las adhesiones, frío y superficial, parece haber menguado una vez transcurri-

dos los años iniciales de las transiciones, y ello pese a una leve recuperación reciente. Es difícil calibrar cómo ese mismo factor reaccionará una vez se haga evidente que la incorporación a la UE reclama una prolongada acumulación de sacrificios -a las duras reformas económicas desplegadas en el decenio de 1990 se sumarán las exigencias de la adhesión, las vinculadas con el presumible deseo de acceder a la moneda única y las derivadas del designio de mantener en el tiempo la satisfacción de los criterios de convergencia- que puede generar efectos graves en materia de gobernabilidad. Además, el punto de partida es cualquier cosa menos halagüeño: el país más rico de entre los candidatos, Eslovenia, dispone de una renta per cápita del 59% de la comunitaria, mientras el más pobre de los candidatos perfilados en el año 2000, Letonia, se sitúa en un 18% de aquélla. Como término medio, el producto interior bruto per cápita de los candidatos no supera el 32% de la media comunitaria, la mitad del nivel que exhibían España y Portugal en 1986. De resultas puede afirmarse que las reservas de los países que quieren sumarse a la UE son muy escasas, al tiempo que los niveles de ayuda que se anuncian resultan significativamente inferiores a los que beneficiaron a España y Portugal; semejante circunstancia, por sí sola, tiene que producir inquietud y reclama se le preste atención, de manera singular, a aquellos sectores de la población, muy numerosos, que parecen condenados a perder terreno.

Otro problema de los países que nos ocupan es la extrema debilidad de las relaciones entre los propios candidatos a la UE. La crisis de 1989-1991 produjo un rotundo vuelco, de dimensiones excesivas, en las transacciones comerciales, en provecho de las mantenidas con la UE y en detrimento de las que los candidatos mantenían entre sí. De resultas, éstos han perdido ventajas comparativas y apenas han puesto interés en la consolidación de instancias horizontales como el 'triángulo de Visegrad', el Consejo Báltico, el Consejo Económico del Mar Negro o la llamada 'Pentagonal'. Tampoco puede sorprender, en este mismo ámbito, que los candidatos hayan optado por negociar cada uno por separado con la Unión Europea.

Los plazos de las adhesiones, no definidos, configuran otra fuente de incertidumbres que anuncia, acaso, una prolongación excesiva de aquéllos con el consiguiente riesgo de búsqueda de fórmulas distintas de la

aportada por la UE. La cuestión de los plazos algo tiene que ver con otro foco de problemas: la posibilidad de que se abran camino situaciones ambiguas en la forma de 'adhesiones incompletas'. Éstas podrían ser el producto, sin más, de prolongados períodos transitorios en los cuales no se hiciesen valer elementos como la Política Agraria Común, los Fondos Estructurales y de Cohesión o el libre movimiento de las personas. Si además se cruzan de por medio los procedimientos de instauración de la moneda única, las situaciones poco transparentes pueden convertirse en la regla y superponerse a un estado de ánimo marcado por retrasos impresentables en las adhesiones.

Más allá de todo lo anterior, una de las consecuencias imaginables de las 'adhesiones incompletas' puede ser la ratificación de la condición de periferia que corresponde a los candidatos presentes en la Europa central y oriental. Tal condición parece llamada a convertirse en una posible fuente de desilusiones futuras en un escenario en el que despuntaría, bien es cierto, una paradoja: el proceso de ampliación de la UE -sobre el papel de naturaleza uniformizadora- conduciría a una cada vez más llamativa jerarquización en las relaciones en el continente.

## IX

Al margen de la UE existen otros dos grandes núcleos de atracción geoestratégica en la Europa central y oriental: la OTAN y Rusia. Por lo que a la primera se refiere, debe recordarse que ha asumido a finales del decenio de 1990 un delicado proceso de ampliación en Europa central. La incorporación de la República Checa, Hungría y Polonia a la OTAN ha suscitado, sobre todo, algunas opiniones que pretendían relacionar lo ocurrido con otro proceso de ampliación: el de la UE. Una de las explicaciones esgrimidas al respecto sugiere que el acceso de esos estados a la OTAN sería un especie de golosina que recibirían para contentarles en la sala de espera, que se antoja ocuparán durante un tiempo más largo del esperado, de la UE. Otra explicación entiende que las candidaturas de esos tres países -y de alguno más- a la OTAN responderían al propósito de pagar un peaje de obligado cumplimiento con la vista puesta en allanar el camino -que es el que realmente desean recorrer- que conduce a la UE.

Sabido es que la ampliación de la OTAN ha suscitado una viva oposición en Rusia, cuya relación bilateral con aquélla exhibe numerosos problemas. Éstos mucho le deben, también, a diferencias sustanciales, en lo relativo a la condición del proceso de desintegración de Yugoslavia y, en general, a una actitud de arrogancia y agresividad por parte de la Alianza Atlántica. Las resoluciones de la cumbre que ésta celebró en Washington en abril de 1999, y que en la práctica le conferirían un ilimitado derecho de intervención militar en la 'zona euroatlántica'- no parecían llamadas a mitigar los problemas, si bien es verdad que al respecto la propia política rusa -de enorme radicalidad verbal pero escasas concreciones en un escenario en el que la concesión de nuevos créditos por el Fondo Monetario permitía que Moscú levantase su oposición a unos u otros términos de las políticas occidentales- operaba como un poderoso estímulo.

En el trasfondo de estas tensiones despuntaba, de cualquier modo, un hecho más: en Occidente se registra una notoria división de opiniones en lo relativo a cómo hay que tratar a Rusia. Si para unos la debilidad de Rusia es un activo interesante que permite mover peones en la trastienda y sacar el correspondiente provecho, para otros resulta preferible una Rusia fuerte que ponga orden en su patio trasero y otorgue garantías de que los acuerdos alcanzados se llevan a la práctica. En la incertidumbre generada por la confrontación entre estas opiniones, lo cierto es que las potencias occidentales parecen decididas a responder con fuerza a eventuales designios rusos encaminados a ganar protagonismo en la arena internacional -esos designios apenas se han hecho valer, por lo demás, en los últimos años-, pero se muestran tolerantes con el *statu quo* tanto en lo que atañe a los 'asuntos internos' de Rusia -ahí está Chechenia para atestiguarlo- como, de manera más difusa, en lo que se refiere a su zona de influencia en el ámbito de la Comunidad de Estados Independientes.

Para entender algunos de los términos de la política rusa -inspirados por lo que, a los ojos de muchos analistas, es el rebrote de un discurso imperial, conviene no olvidar que Rusia ha experimentado un doble y severo retroceso geoestratégico en los últimos quince años. Si primero, en 1989, perdió el bloque urdido en 1945 por la URSS en la Europa cen-

tral y Balcánica, dos años después se vio privada del parachoques de seguridad que aportaban repúblicas ex soviéticas como Bielorrusia, Estonia, Letonia, Lituania y Ucrania. Habría que preguntarse, claro, cómo reaccionaría una potencia occidental ante semejante pérdida de peso planetario.

## X

Nuestras consideraciones en este texto se iniciaron con un recordatorio de lo mucho de artificial que hay en un concepto tan general como es el de 'Europa central y oriental'. Ahora estamos obligados a retomar esa idea para subrayar que cualquier prospección del futuro de esa amplia área debe asentarse en la consideración de que lo más probable es que en su seno cobren cuerpo realidades muy dispares que sigan caminos también diferentes. Es sencillo, por ejemplo, que los estados de la vieja Europa central que, otrora satelizada por la Unión Soviética, hoy se hallan muy próximos a la UE asuman un rumbo de rápida integración en ésta, como lo es que los estados que antaño integraban la propia URSS experimenten problemas sin cuento.

Aun con la precisión anterior, bueno será que hagamos una apreciación más: por desgracia son muchos los datos que invitan a concluir que en buena parte -no en toda- de la Europa central y oriental se ha hecho valer en los últimos años un puñado de rasgos que parecen remitir a la condición de lo que tradicionalmente entendemos por Tercer Mundo. Nos encontramos, si no, con países manifiestamente incapacitados para competir en pie de igualdad en los mercados internacionales, que reclaman a gritos una revolución tecnológica que se va postergando, que deben encarar deudas cada vez más notables, que aportan un caudal potencialmente ingente hacia otras economías más prósperas, que exhiben en su interior formidables escisiones sociales de tal suerte que una minoría de la población vive inmersa en una orgía de consumo mientras la mayor parte de sus conciudadanos deben encarar graves problemas de penuria, o que, en fin, muestran sociedades civiles muy débiles, incapaces de plantear resistencia a los caprichos e imposiciones que llegan de direcciones de talante autoritario. Esta acumulación de rasgos, que remite sin duda a hechos comunes en el Tercer Mundo, a duras penas puede



explicarse sin el concurso de un escenario internacional en el que nada invita a concluir que los grandes núcleos de poder capitalista se aprestan a acudir generosos en socorro de economías depauperadas con la vista puesta en levantarlas para convertirlas en futuros competidores. Con toda evidencia carecemos de ejemplos que permitan alumbrar comportamientos de esta naturaleza en otros momentos o lugares. Acaso el designio general de esos grandes centros de poder -explotar una mano de obra barata y profesionalizada, hacerse con el control de jugosas materias primas- es un elemento más que explica por qué las transiciones en la Europa central y oriental no están dando los resultados apetecidos.

\* \* \* \*

*Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política y director del programa de estudios rusos de la Universidad Autónoma de Madrid.*